

Algunas consideraciones en torno a la labor de los intérpretes. La importancia del contexto para la interpretación

Un experto traductor e intérprete analiza aquí la cotidianidad laboral de su trabajo y detalla los numerosos desafíos a los que se ve sometido hasta el más experimentado intérprete. Su labor es la de un mediador que debe captar, en el momento mismo de la interpretación, el contexto y las características del discurso que está traduciendo.

Por Trad. Públ. Walter Kerr

Ya de por sí, el término “interpretación” revela algo acerca de la naturaleza de esa apasionante tarea, no exenta de desafíos, que consiste en tomar un mensaje en una lengua (la de partida), procesarlo y expresarlo con celeridad en otra lengua (la de llegada).

La materia de trabajo de un intérprete es el discurso oral. Se puede imaginar una situación ideal en la que el orador es alguien que organiza sus ideas y las expone de una manera clara, en una secuencia coordinada que agiliza la comprensión y, por ende, la posterior “conversión” del mensaje a otro código lingüístico. En el otro extremo del espectro podemos toparnos con un disertante errático, que no planifica demasiado lo que quiere decir, salta de una idea a otra sin seguir un orden lógico o abre innumerables paréntesis que nunca cierra. Este último tipo de situación ilustra de manera bastante gráfica la necesidad de una “interpretación” en el sentido más amplio de la palabra.

En efecto, interpretar agrega otra capa al *traducere* del latín o al *übersetzen* del alemán, con esa connotación tal vez más estática de tomar algo y colocarlo “del otro lado”. El *interpretes* no es un mero aparato receptor y transmisor. Asigna sentidos, decide, explica. Y la etimología de la palabra incluso lo vincula con el carácter de negociador. Esto se vuelve particularmente significativo cuando se reflexiona sobre el objetivo de su actuación, que es el de encontrar ese punto medio que, además de permitir a hablantes de lenguas diferentes

comprender el mensaje expresado en un idioma que les es desconocido, también les abre una puerta para asomarse a otra forma de ver el mundo, a otra cultura y modo de relacionarse con la realidad.

Es así como el intérprete se convierte en un mediador dinámico y proactivo. Al interpretar, debe tener en cuenta el fondo del mensaje de la lengua de partida (“lo que se está diciendo”) y la forma en la que ese mensaje es emitido (“cómo se dice”). Ejemplos de esto último son el registro utilizado (mayor o menor formalidad, tecnicismos, etc.), la entonación y la afectividad expresada. Idealmente, un intérprete apuntará a que su versión en la lengua de llegada cause en quienes lo escuchan, un efecto similar al que tendría el mensaje en quienes comprendan la lengua de partida. Sin embargo, éste no deja de ser un principio general cuyas modalidades de aplicación le corresponderá al intérprete evaluar en cada situación concreta. Es aquí también donde adquiere relevancia el tema de las culturas que nutren a los idiomas involucrados, por lo que el intérprete, cuya intervención ha de facilitar la comunicación, debería hacer lo posible para asegurarse que el mensaje no se vea distorsionado o incluso malinterpretado por diferencias de códigos culturales. Un chiste sexista puede generar distintos niveles de rechazo según se trate de una cultura fuertemente identificada con la igualdad de género o de una cultura tradicionalmente más machista.

¿Y cuál es el grado de discrecionalidad que puede ejercer un intérprete en situaciones en las que percibe, por ejemplo,

que si se traduce un mensaje a un registro equivalente al de la lengua de partida se puede malograr la comunicación? Supongamos que la persona a quien se interpreta utiliza un término vulgar. Hay quienes se pronuncian en favor de una traducción “descarnada”. Lo dicho, dicho está, en fondo y forma, y debe volcarse sin maquiillaje al otro idioma...

El autor de este artículo entiende que esa postura admite matices y atenuaciones, según el caso. El intérprete no es un censor, claro está. Pero si se tuviera una percepción razonablemente fundada de que utilizar un término de registro equivalente en la otra lengua generaría una ofensa tal que aquel a quien se dirige el mensaje pondría fin a un diálogo, ¿no sería más adecuado elegir una variante de registro que, sin “engañar” a esa persona u ocultarle lo que su interlocutor le está diciendo, al menos permitiría que la comunicación prosiguiera? Dado que los idiomas suelen ofrecer una amplia gama de recursos expresivos, un intérprete facilitador de la comunicación podría intentar sortear el riesgo de frustración del proceso comunicativo evaluando las opciones lingüísticas disponibles y escogiendo un registro más “amigable” o neutro. Las paráfrasis pueden ayudar a suavizar algo que de otra manera podría sonar innecesariamente agresivo en determinados ámbitos. No es lo mismo decir que algo “es una mentira” a que algo “no es una descripción correcta de los hechos”. Pero si se está interpretando una declaración en el marco de un proceso judicial, la palabra “mentira” utilizada por una de las partes, debería

seguir siendo “mentira” en la lengua de llegada.

Y es que, a pesar de que pueda sonar a obviedad, es pertinente recordar que la comunicación siempre se produce en un determinado contexto. Y será el contexto entonces el que deberá considerar un intérprete eficaz para tomar las decisiones que moldearán su discurso en la lengua a la que traduzca. No obstante, dada la inmediatez de su actuación –ligeramente mayor o menor según se trate de una interpretación simultánea o consecutiva–, en la mayoría de los casos no habrá una sobreabundancia de tiempo para tomar decisiones. Es por ello que se necesitarán reflejos rápidos y habilidad para reconocer lo que exige la situación en la que se está trabajando.

Ya que hemos hecho referencia a la elección del registro, utilicemos otro ejemplo para ilustrar la importancia de tener en cuenta el contexto en el que se interpreta. Normalmente, si se tuviera que traducir a X, una persona que se expresa con elegancia, precisión y gran riqueza de vocabulario, el intérprete intentaría mantener esas características discursivas en su versión en la lengua de llegada, el inglés supongamos. Ese sería el principio en abstracto. ¿Pero qué sucede si del otro lado está Y, un hablante nativo de una tercera lengua que tiene un manejo más bien básico del inglés? Ante esa situación, un intérprete que considere que su papel es el de facilitar la comunicación quizás opte por “bajar” su registro a un nivel algo más comprensible para Y, en lugar de ofrecerle un inglés de una calidad tan alta y tan idiomática que termine por convertirse en ininteligible para él debido a sus limitaciones lingüísticas.

En sus elecciones terminológicas, un intérprete también deberá pensar que algo que puede ser una traducción eficaz para un determinado auditorio, puede no serlo tanto para otro, o no surtir el mismo efecto. Tomemos como ejemplo el término inglés *staycation*, de aparición relativamente reciente, que alude a pasar las vacaciones en casa, o en el lugar en el que uno vive (un compuesto formado por *stay*, permanecer, quedarse y parte de la palabra *vacation*, vacación). Supon-



Walter Kerr

Abogado, Traductor Público de inglés, alemán y francés (UBA). Es miembro del Colegio Público de Abogados de la Capital Federal; de la Asociación Internacional de Intérpretes de Conferencia (AIIC) con sede en Ginebra y de la Asociación de Intérpretes de Conferencia de Argentina (ADICA). Trabaja como traductor e intérprete simultáneo y consecutivo y posee una amplia experiencia en temas jurídicos, económicos, comerciales, políticos, humanísticos y de relaciones internacionales. Es director de Traducciones del Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto. Se desempeña como Profesor Titular de Traducción (Jurídica) en la Carrera de Traductor Público de la UBA y es miembro del Tribunal de Conducta del CTPCBA.

gamos que el interpretado dijera que su opción para este año es una *staycation* y el intérprete tradujera esto como “vacaciones en Santa Terracita”. Esto podría funcionar para un auditorio argentino, ya que es de suponer que quienes estén escuchando probablemente asociarán esto con Santa Teresita, la localidad balnearia de la costa argentina. Incluso quienes no conozcan este dato quizá logren entender de qué se está hablando por el contexto, pero tal vez se perdería el toque algo jocoso que esa elección le da al mensaje original. Y aun así, quizás el original no tenía ese matiz y en un marco muy formal ese modo de expresión hasta podría resultar desubicada. De ahí que para un intérprete sea sumamente valioso conocer no sólo el tema con el que va a trabajar, sino también el público que va a escuchar, quiénes van a ser sus interpretados, a quiénes va destinado el mensaje.

Un intérprete tiene la gran ventaja de no ser una máquina de procesamiento de texto. Haciendo uso de su capacidad analítica, puede decidir qué información en el discurso de la lengua de partida es especialmente relevante o qué datos que se dan por sabidos en la lengua de partida necesitan ser explicitados en la lengua de llegada. Tomemos un ejemplo del ámbito de la política. Si un funcionario argentino se refiere al “modelo impulsado a partir del 25 de mayo de 2003”, un auditorio argentino medianamente informado estaría en condiciones de entender que esto alude a la fecha en la que asumió un nuevo gobierno en el país, aunque eso no se haya mencionado expresamente. Pero

al momento de trasladar esas palabras a una lengua extranjera, si la idea es transmitir adecuadamente el mensaje a quien probablemente no conozca en detalle la realidad política interna del país y no cuente con ciertas referencias extralingüísticas en su haber, el intérprete podría agregar algunos elementos para que se entienda lo que implica esa fecha (algo así como un paréntesis del tipo “fecha en la que asumió el nuevo gobierno”).

En síntesis, nunca se interpreta en abstracto. Se interpreta para algo, para alguien y en un determinado contexto. Y, como mediador entre lenguas y culturas, el intérprete deberá evaluar una serie de factores relativos al contexto que enmarca su labor para cumplir de la mejor manera posible con su función. ■